

POBREZA: CONTRIBUCIONES DESDE LA PSICOLOGÍA

ANTONIO MARTINS

Universidad Católica Andrés Bello, Escuela de Psicología
antoniomartins422@gmail.com

Resumen

El objetivo del presente artículo es realizar una revisión de la bibliografía acerca de la comprensión que la psicología tiene del fenómeno de la pobreza. Tomando en consideración los diversos abordajes que han permitido el estudio de la misma, se procedió a hacer un recuento histórico sobre las definiciones de la pobreza, sus limitaciones e implicaciones en un contexto como el venezolano. Posteriormente, se discutieron brevemente cómo distintas áreas de especialización de la psicología han integrado a la pobreza como una variable que debe considerarse para mantener prácticas contextualizadas. Cómo se ha contemplado la pobreza desde la psicología clínica, social, comunitaria, industrial y organizacional, o recientemente, desde la economía del comportamiento, son algunas de las puntualizaciones del estudio.

Palabras clave: Psicología, Pobreza, Nivel Socioeconómico, Exclusión Psicosocial.

Recibido: 30 de enero de 2022
Aceptado: 02 de junio de 2022
Publicado: 01 de diciembre de 2022



POVERTY: CONTRIBUTIONS FROM PSYCHOLOGY

ANTONIO MARTINS

Universidad Católica Andrés Bello, Escuela de Psicología

antoniomartins422@gmail.com

Abstract

The objective of this article was to accomplish a bibliographic review on how psychology understands poverty. Considering the variety of approximations seen so far, we proceeded to make a historical revision of poverty definitions, along its limitations and implications in the Venezuelan context. After the review, we briefly discuss how different areas of psychology specializations have integrated poverty as a variable that must be considered to maintain contextualized practices. Finally, we dwell on how poverty has been appreciated from the standpoints of clinical, social, community, industrial, and organizational psychology, as well as from the discipline of behavioral economics.

Keywords: Psychology, Poverty, Socioeconomic Level, Psychosocial Exclusion

Received: Jan. 30, 2022

Accepted: Feb. 06, 2022

Published: Dec. 01, 2022

“En una vida donde el código postal determina más que nuestro código genético, seguimos creyendo en el absurdo de una psicología apolítica” (Van Der Kolk, 2015, p. 396)

1. INTRODUCCIÓN

Gran parte de la población venezolana, e incluso sus académicos, han hecho creer que la pobreza y las dificultades económicas, son un problema exclusivo de los grupos que se ven expuestos a ella. Sin embargo, en Venezuela, la pobreza no es un problema que aqueja sólo a los pobres, esta es una realidad que repercute en toda la sociedad, en la medida que supone una traba para las expectativas y aspiraciones de toda la población (España, 2006).

Revisiones exhaustivas de la historia del país suelen traer como conclusión que la economía venezolana posee un carácter impredecible (Lander y Fierro, 1996; Sardi, Angelucci, Martins y Peña, 2020; Sylvia y DanoPolous, 2003), siendo de los pocos denominadores comunes a lo largo de los distintos ciclos económicos, la frecuencia y severidad de los shocks externos, que han traído como consecuencia periodos de crecimiento económico muy cortos, que suelen acompañarse de políticas de estabilización y ajuste, que tienden a repercutir negativamente en los más pobres que son el grupo poblacional que suele carecer de activos reales y un capital humano capacitado (Zambrano, 1999).

Esta realidad descrita por Zambrano en el año 1999, se ha mantenido en las dos primeras décadas del siglo XXI, y por ello, en Venezuela, el contexto económico está influyendo considerablemente en las condiciones psicológicas experimentadas por la población. Según Landaeta-Jiménez, Sifontes y Herrera (2018), en el país se ha dado una situación política, económica y social, que impactó a un abanico de sectores (de salud, sociales, de infraestructura y migratorio) que progresivamente han generado un grave deterioro de la dignidad y bienestar del venezolano.

Sin embargo, la crisis económica actual carece de reportes gubernamentales que den cuenta del alcance de la misma. No obstante, la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI), con las limitaciones metodológicas impuestas por financiamientos de corto alcance, ha sido la respuesta que varias universidades nacionales, públicas y privadas han tenido ante la falta de información oficial (España, 2016ab).

Los datos brindados por la ENCOVI, en cuanto a la medición de la pobreza, ponen de manifiesto el carácter multidimensional de la misma. En términos del ingreso, un 87% de los hogares en el país se encontró bajo el umbral de la pobreza para el año 2015 (España, 2016a). Este método de estimación conocido como la línea de la pobreza ha recibido sus cuestionamientos en la literatura (España, 2016a; Rodríguez, 2002) ya que ser pobre, trasciende el tener dificultades económicas; realmente se trata de una condición facilitadora de exclusión al propiciar una distancia entre el sujeto y los bienes o productos valorados por la cultura; condición que a su vez se convierte en un agente multiplicador de los factores de riesgo que las personas pudieran llegar a afrontar a lo largo de sus vidas (Rodríguez, 2002; Evans, 2004; Llorens, 2013).

Ejemplo de lo anterior pasa por el hecho de que ser pobre aumenta las probabilidades de tener dificultades en el acceso a empleos, una educación con profesores de calidad, disponibilidad a fuentes de entretenimiento, o el simple disfrute de servicios públicos o privados que brinden calidad de vida (Evans, 2004; Evans y English, 2002; Evans, Gonnella, Mareynyszyn, Gentile y Salpekar, 2005). En palabras del sociólogo venezolano Luis Pedro España: “la pobreza es mala, cara y aburrida” (España, 2016b, p. 133).

Además de ello, es importante recordar que la pobreza se niega ser entendida únicamente en función de los ingresos económicos, pues esta no se distribuye uniformemente entre los distintos grupos poblacionales de Venezuela (Zambrano, 1999). Bajo este entendido, España (2016b) sugirió que la manera en que se ofrecen los bienes y servicios en el territorio nacional muestra un eje de desigualdad, que condiciona la calidad de vida de los venezolanos y que pocas veces ha sido considerado por los investigadores.

Bajo esta premisa, se sabe que para el año 2012, se presentó una segmentación social muy particular en Venezuela. Por ejemplo, el 33.60% de los estratos altos, medios o populares se encontraban en Caracas u otras grandes ciudades del país, mientras que en ciudades medianas o pequeñas poblaciones rurales solo se halló un 12.30% de esos niveles socioeconómicos. Por otro lado, para el caso de los estratos pobres o con pobreza extrema un 27.40% se encontró en pequeños pueblos (ej. Aragua de Barcelona, El Baúl o San Carlos del Zulia) mientras que las grandes ciudades contaron con un 9.50% (España, 2016b).

Es así como Venezuela presenta abismales desigualdades en su población, que no son sencillas de aprehender por la sociedad o los académicos involucrados

en su estudio, siendo cierto que la simple existencia de ellas aparta a la población de la modernidad y el desarrollo (España, 2006) acercándola a condiciones indeseables.

2. NOCIONES DE LA POBREZA: APROXIMACIONES DE LA FALTA DE RENTA Y LA FALTA DE CAPACIDADES

Tomando como punto de partida la raíz etimológica del término (*paucus*=poco y *pariré*=engendrar), resulta factible comprender a la pobreza como la incapacidad para producir bienes y servicios, que se traducen en la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas de los individuos, familias, comunidades o países enteros (Galindo y Ardila, 2012). Sin embargo, tal definición podría ser catalogada de ingenua, en la medida que ignora que la pobreza resulta ser un fenómeno dinámico y complejo, con realidades cualitativas y cuantitativas tan diversas, que resultan difícilmente integrables en un fenómeno unitario.

Tal es el caso, de que dicho fenómeno conceptual se ha transformado en una dificultad operacional, que ha sido claramente destacada en la literatura (España, 2016; Rodríguez, 2002). Con el avance de las investigaciones, se ha comprendido que la pobreza va más allá de las lógicas impuestas por las medidas del Nivel Socioeconómico, de lo que se trata es de entender los contextos de exclusión y desigualdad, que fomentados por la carencia, son capaces de interferir en la cohesión social (Rodríguez, 2002; Sen, 1982).

Es por ello que autores como Amartya Sen, premio nobel de economía en el año de 1998, hizo hincapié en diferenciar la noción de pobreza como *falta de renta*, en contraparte de la que supone *la falta de capacidades básicas*. En cuanto a la primera, la pobreza es entendida como una función de los ingresos que, siendo percibidos, resultan insuficientes para la satisfacción de las necesidades básicas. Mientras que, en segundo lugar, la perspectiva de las capacidades, sitúa el foco en el estudio de las causas de la pobreza y, por tanto, se centra en el análisis de las libertades con la que cuentan los individuos para satisfacer sus necesidades.

Un ejemplo, nos podría ayudar a entender esta diferenciación establecida por Sen (1982): un venezolano oriundo de Acarigua que posea altos niveles de ingreso, pero que no disponga, de muchas oportunidades para vacunarse ante la COVID-19 en su ciudad de origen, no es pobre en el sentido técnico del término, pero es claramente pobre en el sentido de que le falta una importante libertad sanitaria.

Es por ello, que tal diferenciación entre la falta de renta y la falta de capacidades, permite interrogarse, ¿Cuál es el papel que ocupan las ciencias del comportamiento en la comprensión del fenómeno de la pobreza? Y en concreto ¿Qué implicaciones tiene esta realidad para la psicología?

3. LA POBREZA MIRADA DESDE LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO: ¿QUÉ TIENE QUE DECIR LA PSICOLOGÍA?

Basta con pasearse por la historia de la psicología, para poder entender como la disciplina se ha visto confrontada por distintos dilemas como los movimientos sociales y las guerras, siendo en la actualidad la pobreza, un fenómeno que supone modificaciones teóricas y técnicas a las distintas áreas de especialidad de la psicología (Rodríguez, 2002).

Esto último debido a que, investigaciones en el área (Evans, 2004; Evans y English, 2002; Evans, Gonnella, Mareynyszyn, Gentile y Salpekar, 2005; Llorens 2013; Rodríguez, 2002) han demostrado que la pobreza funciona como un detonante fatídico que agrupa en su núcleo una serie de factores de riesgo que aparecen siempre en conjunto, a modo de realidades multi-problemáticas.

Lo referido con anterioridad ha permitido que algunos autores amplíen las visiones médicas o sociales y comiencen a integrar un componente psicológico de la pobreza. Ya bajo el discurso psicoanalítico, Rodríguez-Rabanal (1989) estableció un lazo indivisible entre la indigencia material y las alteraciones psíquicas, ya que es de esperar que las circunstancias particulares interfieran en el futuro de los individuos; en palabras textuales del autor, la pobreza se trasmuta “en pobreza psíquica, forjando personalidades con estructuras yoicas débiles poco diferenciales, con restricciones en el código lingüístico y en la capacidad de simbolización” (p. 31). Afirmaciones de este estilo ya han sido sostenidas por la evidencia empírica que ha asociado a la pobreza con alteraciones en la salud mental (Chilton, Chyatte y Breaux, 2007; Costello, Compton, Keeler y Angold, 2003; Haushofer y Fehr, 2014; Llorens, 2013; Rodríguez, 2002; Santiago, Kaltman, y Miranda, 2013).

Por otro lado, Rodríguez (2002) y Galindo y Ardila (2012), en un intento por sistematizar los aspectos psicológicos movilizados por la pobreza, destacan una serie de variables que suelen aparecer en estos contextos. Entre ellas mencionan: la desesperanza aprendida, el locus de control externo, los estresores psicosociales y los síndromes de respuesta al estrés. En definitiva, la pobreza es algo más que la imposibilidad de acceder a

un bien; realmente se trata de una realidad multifacética que al generar exclusión, expone a los sujetos a realidades que van en detrimento de su salud mental (Rodríguez, 2002).

Sin embargo, hay que ser cuidadosos en la lectura de las experiencias de pobreza, ya que si bien pudiera ser un detonante para desencadenar eventos estresantes de la vida (Lavee, McCubbin y Olson, 1987; Kiser y Black, 2005), estas dificultades económicas no son sinónimas de las experiencias traumáticas, aunque, la vulnerabilidad psicológica es mayor en estas condiciones (Rodríguez, 2002).

Por aportes como los desarrollados anteriormente, autores como Galindo y Ardila (2012), han sostenido que, si bien la pobreza genera en principio carencia de bienes materiales, debe ser entendida como algo más que eso. Se está en presencia de un flagelo de corte socioeconómico, pero a la vez psicológico, que debe ser abordado también desde esta perspectiva con la finalidad de ampliar la profundidad con la que es apprehendida esta realidad.

Pese a dichos avances en la comprensión de los procesos psicológicos en contextos carenciados, los adelantos en la literatura y la integración de estas realidades en las discusiones psicológicas no han seguido una progresión lineal. Llorens (2015), advirtió que la pobreza no suele ser un tema que se halle en el tope del interés de la psicología mundial, puesto que los efectos contextuales son cómodamente sustituidos por explicaciones individuales, prejuiciosas y estereotipadas. Leer estas palabras, inevitablemente recuerdan las críticas que el conocimiento popular ha traído sobre el quehacer psicológico. Eduardo Sánchez Rúgeles, en su novela *Jezabel*, haciendo uso de la experiencia de un adolescente venezolano recordó que:

“No sé en el resto del mundo, pero en Venezuela no existe nada más predecible que un psicólogo. Los que he visitado en los últimos diez años son aprendices de magia, chamos recién graduados de la católica o la UCV (esas parodias de Hogwarts), que no tienen idea de nada pero que, con el argumento de que durante cinco años fueron sometidos a rigurosas sesiones de caletre, creen conocer la irrefutable definición de la existencia” (Rúgeles, 2013, p. 23).

Esta crítica un tanto caricaturizada del accionar de los psicólogos, permite recordar que dentro de la psicología como disciplina científica ha existido un interés exagerado por el estudio de las generalidades y se ha dejado de lado la singularidad de algunas realidades, por tanto, temas tan específicos como el

análisis de los procesos psicológicos en contextos de pobreza y exclusión, han estado fuera de la óptica de la teorización en nuestra disciplina (Rodríguez, 2006), y nuestra práctica en dichos contextos se ha hallado impregnada por respuestas descontextualizadas que van en detrimento de la calidad de nuestros servicios.

No obstante, es necesario advertir que la comprensión en el estudio de la pobreza ha sido desigual en función del área de especialización a la que se haga referencia, ya Galindo y Ardila (2012), alertaron que la psicología social ha sido la sub disciplina que más investigación ha prestado al tema, seguido de la clínica y de la salud, la psicología comunitaria y, en menor proporción, la industrial-organizacional. A continuación, se realizará un breve repaso de las actualizaciones brindadas por algunas de esas disciplinas.

4. LA POBREZA PSICOLÓGICA: ACTUALIZACIONES DESDE LAS ÁREAS DE ESPECIALIZACIÓN DE LA PSICOLOGÍA

PSICOLOGÍA CLÍNICA

Manuel Llorens, psicólogo clínico venezolano, investigador en el campo de las consecuencias psicológicas de la pobreza y autor del libro “psicoterapia políticamente reflexiva”, relató en dicha obra una anécdota que vivió en el rol de supervisor de una estudiante que se formaba en un postgrado de psicología clínica. Esta estudiante se enfrentaba a sus primeras prácticas asistenciales y en su posición de terapeuta le narró una experiencia a Llorens: una de las enfermeras del centro asistencial la recibió de forma amable ofreciéndole un café. Tras el gesto de bienvenida, la terapeuta atendió a su primera paciente, quien triste y desolada, admitió que tenía varios días sin comer, porque prefería alimentar a sus hermanos menores antes que a ella misma; le dijo que, con el poco dinero percibido en el hogar, no alcanzaba para comprar suficiente cantidad de alimentos para todos. Dicho escenario, no pudo más que interrogar a la terapeuta, pues tomarse el café presente en su consultorio podría ser una muestra de ingratitud y dejar que se enfriara o incluso ofrecerlo a la paciente no iba a solucionar el problema nuclear. Tras dicha exposición del caso la joven entonces afirmó “los problemas más duros, que nunca esperé ver en la consulta tienen que ver con el hambre” (Llorens, 2015, p. 31).

Y es que, sin ánimos de resultar estigmatizantes, la pobreza económica, en términos estadísticos aumenta las probabilidades de padecer alteraciones

psíquicas, ya que, en dicha condición es más probable que aparezcan distintos condicionantes, que sumados, son capaces de provocar variados síntomas de carácter intenso. No obstante, pese a que la salud mental es claramente vulnerada en situaciones de precariedad económica (Chilton, Chyatte y Breaux, 2007; Costello, Compton, Keeler y Angold, 2003; Haushofer y Fehr, 2014; Llorens, 2013; Rodríguez, 2002; Santiago, Kaltman, y Miranda, 2013), la psicología clínica ha tenido dificultades para replantearse su accionar en dichos contextos, pese a que, se ha documentado la baja calidad de los servicios de salud mental a estas personas, no en vano los modelos teóricos de la sub disciplina han tenido que fortalecerse a partir de los aportes de la psicología comunitaria (Montero, 2004) o más recientemente desde los avances de la psicología cultural (Rodríguez, 2006; Smith, Li, Dykema, Hamlet y Shellma, 2013).

Nutrirse de este tipo de conocimientos es necesario, ya que, de lo contrario, predominaría la idea del marco intrapsíquico como modelo interpretativo de una serie de padecimientos que son constituidos a partir de dinámicas sociales y no a través de procesos internos que den cuenta de la totalidad de la fundamentación subjetiva de los individuos (Rodríguez, 2006).

En el intento por comprender estas dinámicas sociales y verificar su influencia sobre los procesos psicoterapéuticos, Smith et al., (2013) documentaron que no es posible imaginar la implementación de técnicas terapéuticas de manera uniforme en los contextos de pobreza, debido a que, en primer lugar los psicólogos clínicos no resultan inmunes a los estereotipos y prejuicios que existen sobre los grupos minoritarios; la evidencia ha demostrado, como el sobre diagnóstico de algunos trastornos ha sido la consecuencia más evidente de la negación de estas realidades.

Programas de estudio en psicología con sensibilidad cultural, han sido una respuesta oportuna, de gran parte de los sistemas educativos a nivel mundial, a este flagelo (Smith, 2009); en Venezuela, el programa de psicología clínica-comunitaria impartido por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) es muestra de ello (ver Romero, 1999), sin embargo, es importante mencionar que estos avances han resultado insuficientes para la búsqueda de una psicoterapia más efectiva en estos contextos, la profundización de investigaciones en el tema y para la visibilización de las actitudes de los terapeutas ante distintas clases sociales (Smith et al., 2013).

Pareciera que más que cerrar las brechas entre un terapeuta de clase media-alta y su paciente, cuya clase resulta más desfavorecida, de lo que se trata es

de poder colocarlas en el centro de la discusión a modo de poder ofrecer un tratamiento realista que facilite el entendimiento entre ambas partes (Llorens 2013, 2015); la experiencia de psicólogos y psiquiatras que atienden pacientes en sectores populares ha mostrado cómo el acercamiento a estas comunidades termina facilitando la comprensión de cómo los sistemas terminan atrapando a las personas en la pobreza, al tiempo de que, la opresión sociocultural termina teniendo un impacto negativo en la salud mental de estas personas (Smith et. al, 2013).

La noción de opresión internalizada descrita por Pheterson, refleja esto último, ya que, en contextos desfavorecidos es común que las personas incorporen y acepten los prejuicios que la sociedad tienen en su contra, perpetuando así los mecanismos de dominación de los grupos dominantes (Llorens, 2013). En conclusión, el quehacer de la clínica se ha visto confrontado por las demandas impuestas por la pobreza, y es labor de los especialistas escapar de discursos preestablecidos y reflexionar sobre todas estas demandas, en palabras del terapeuta de familia Harry Aponte (1994) “la terapia con los pobres debe contar con toda la sofisticación de las terapias psicológicas. También debe tener la perspicacia del científico social y el impulso de un activismo comunitario” (p. 9).

PSICOLOGÍA SOCIAL Y COMUNITARIA

Tal y como ya se mencionó, el estudio de la pobreza encuentra en la psicología social un viejo aliado. Sin embargo, la tradición anglosajona de esta subdisciplina ha encontrado una serie de limitaciones, entre las que se documenta el énfasis excesivo en la investigación básica y la pobre tendencia a la resolución de las múltiples problemáticas presentes en estos contextos (Munné, 2008; Montero, 2004).

Como una respuesta crítica ante esta realidad, en Latinoamérica la psicología social-comunitaria o psicología comunitaria (como es conocida en la mayoría de la literatura norteamericana), ha sido una subespecialización que ha estudiado la pobreza y, especialmente, ha intentado dar soluciones a gran parte de los dilemas psicológicos presentes en los contextos de carencia socio-económica. Según Montero (2004), esta se define como una rama encargada del estudio de los elementos psicosociales que dan origen, desarrollan y mantienen el control y poder que los individuos pueden ejercer en su ambiente social e individual para solucionar los problemas que los aquejan.

De dicha definición se pueden entonces inferir una serie de características de la psicología comunitaria que la hacen propensa al trabajo con comunidades desfavorecidas, ya que:

- 1) Hay una preocupación por los problemas del funcionamiento humano, pero no existe exclusivamente un énfasis por los trastornos.
- 2) Es una subespecialidad que se nutre de la investigación multidisciplinaria y en este sentido, es sensible al estudio de la realidad compleja, típica de la pobreza.
- 3) Énfasis en la resolución de problemas.
- 4) Rechazo del modelo médico y de las explicaciones intrapsíquicas.
- 5) Concepción de la comunidad como un ente dinámico compuesto por agentes activos, que construyen la realidad en la que viven (Montero, 2004).

Partiendo de estas características y con la investigación acción-participativa como método predilecto, esta rama ha facilitado la contextualización del quehacer psicológico enriqueciendo los aportes iniciales de la psicología social e introduciendo una mirada sistémica a las problemáticas que la clínica desatendía desde la lupa de lo intrapsíquico. Una muestra de la contribución de la práctica comunitaria a la clínica puede resumirse en la existencia de: (a) la utilización de comprensiones contextualizadas; (b) la invitación a la desnaturalización de dinámicas opresoras; (c) la visibilización y validación de las emociones intensas y (d) la problematización como técnica de análisis crítico ante aquellas realidades que se consideran inevitables (Llorens, 2015; Montero, 2004).

PSICOLOGÍA ORGANIZACIONAL

Para que la psicología organizacional pueda contribuir al entendimiento de la pobreza y la reducción de la misma, es necesario que los profesionales del área logren varios consensos en cuanto a como el cuerpo teórico de la disciplina puede tener algunos aportes significativos. Berry et al. (2009), han planteado que los psicólogos organizacionales podrían ser útiles en:

- 1) Formulación de directrices de alto nivel para la reducción de la pobreza.

- 2) La orientación de políticas.
- 3) Ejecución de planes de intervención con el personal que forma parte de las empresas.

Otros autores como Ramos y Peiró (2014) han documentado que ante crisis económicas que supongan pérdidas de capital, disminución de inversiones, falta de liquidez para el crédito o tasas altas de desempleados, resulta fundamental que la psicología del trabajo sea capaz de funcionar como una bisagra en el intento de: (a) *entrenar al capital humano con el que cuenten las empresas*: en el entendido de que en contextos de crisis, el mercado laboral demandará tareas y funciones inusuales, tanto para empresarios, como empleados; (b) *incrementar la productividad*; (c) *función de intermediación*: recuperando el significado del trabajo y el valor asociado a labores de tiempo parcial; y (d) *facilitando y promoviendo las iniciativas de emprendimiento*: en contextos de carencia puede ser de mucha utilidad contribuir a la disminución de los obstáculos burocráticos que impiden la capitalización de ideas y planes productivos.

Es decir, todas estas propuestas pudieran resumirse en la idea de que los psicólogos industriales buscan lograr cambios duraderos en el comportamiento de las personas dentro de las organizaciones. Proyectos tan ambiciosos como el de la superación de la pobreza, requieren el desarrollo de sociedades cooperativas dentro de los grupos de trabajo, lo agentes de cambio, la empresa y la ciudadanía, y en este sentido, los psicólogos organizacionales pueden aportar la comprensión de nociones psicológicas como el empoderamiento, la toma de decisiones y otras emociones y cogniciones de relevancia (Berry et al., 2009).

El área de la psicología organizacional que pudiera tener como finalidad la reducción de la pobreza es reconocida bajo el epígrafe de *psicología del trabajo humanitaria* y entre sus aplicaciones prácticas, estos profesionales pueden encargarse de tareas como la selección y capacitación de voluntarios con algunas características psicológicas que les faciliten afrontar situaciones complejas en los campos de acción. Asimismo, los formularios para la evaluación de la satisfacción laboral o el compromiso organizativo, pudieran ser útiles para comprender las actitudes laborales que mantiene el personal encargado del trabajo de reducción de la pobreza con respecto a sus organizaciones (Berry et al., 2009).

La primera de las aplicaciones descritas fue la que caracterizó a las tareas típicas de la psicología industrial/organizacional en el campo de la reducción

de la pobreza en un *pasado*; tomando como base los avances en el campo de la psicometría, nociones como la validez predictiva, brindaron un soporte empírico para aumentar el grado de confianza con la que los psicólogos seleccionaban al personal que trabajaría en empresas, con o sin fines de lucro, encargadas en la reducción de la pobreza (Carr, 2007).

En el *presente* parece que el lugar de la psicología industrial/organizacional en las empresas dirigidas a la reducción de la pobreza ha escaseado, siendo desplazada por otras disciplinas donde destaca la economía, las ciencias políticas, la sociología e incluso la antropología. La invitación para el momento actual es que estos profesionales se deslinden del quehacer clínico o de asesoramiento psicológico y fomenten sus propios aportes al campo de la pobreza y su reducción, como ya lo ha hecho la psicología social-comunitaria (Carr, 2007; Montero, 2004).

El estatus actual de las áreas de aplicación de la psicología industrial en la reducción de la pobreza debe redirigir nuestra discusión hacia lo que en un *futuro* podrán ser los aportes de la disciplina. Carr, en el año 2007, ya alertaba que, si las empresas privadas tienen un rol fundamental en la reducción de la pobreza, los psicólogos organizacionales puedan ocupar posiciones de toma de decisiones sobre las inversiones que han de realizar dichas organizaciones. Para finalizar es oportuno mencionar que estas ideas sobre el quehacer de la psicología industrial en la reducción de la pobreza, han sido discutidas en grupos de trabajo conformados por profesionales prestigiosos en el área (ver Carr, et al., 2008).

5. ¿ES POSIBLE EL ESTUDIO DE LA POBREZA DESDE LA ECONOMÍA DEL COMPORTAMIENTO?

En la actualidad existe un gran interés por conocer con mayor detalle cómo las personas piensan y se comportan en torno a sus recursos económicos. Las explicaciones de dichos comportamientos se remontan desde el desarrollo teórico de la economía en el siglo XVIII, donde para aquel entonces Adam Smith, el padre de la economía clásica, ya realizaba análisis económicos en los que se consideraban conceptos conductuales (Laibson & List, 2015).

Sin embargo, la aproximación de los economistas se basó en la noción del *homo economicus*, que proponía que los seres humanos han de comportarse económicamente de una manera racional (Thaler, 2016). No obstante, con el paso del tiempo y los avances en la investigación, estos postulados fueron perdiendo popularidad progresivamente. En parte, los estudios del

psicólogo Daniel Kahneman contribuyeron a un cambio de paradigma (Kahneman, 2003), a partir del cual se formó la denominada economía conductual y la psicología económica (Kirchler & Hoelzl, 2018).

Esta última es entendida como un rama de la psicología aplicada que busca estudiar la vida mental económica y el comportamiento de los sujetos, teniendo a su vez una estrecha vinculación con la economía, por lo que se puede considerar como un campo interdisciplinar, en el que se busca explicar cómo se dan las tomas de decisiones económicas, entre estas el ahorro, gasto, toma de riesgos financieros, así como sus diversas causas y consecuencias donde podemos citar a la pobreza (Ranyard & De Mello, 2017; Rodríguez, 2002).

Haciendo una revisión histórica de esta nueva área de aplicación, se halla que desde los trabajos de Katona fueron introducidas las nociones psicológicas como método para combatir la inflación que fue producida por la segunda guerra mundial. Desde entonces, se ha problematizado porqué la psicología, siendo la ciencia que estudia el comportamiento humano, no ha sido integrada en la discusión de cómo han de repartirse los recursos cuando son escasos. Encontrando que, la psicología fue escindida de esta discusión por sus iniciales orientaciones experimentalistas o clínicas (López y García, 2012).

Posteriores a los trabajos de Katona, aparecieron los aportes de Simon con su teoría de la racionalidad limitada, seguidamente Kahneman y Tversky, quienes formularon la teoría de las perspectivas y todos estos avances que daban cuenta de las cogniciones asociadas a los procesos económicos, fueron acercándose a comprensiones integrales de las causas de la pobreza (López y García, 2012). En la actualidad se ha acudido a algunos constructos de la psicología como el estrés, los sentimientos de autoeficacia y el locus de control para dar cuenta de todo aquello que escapa de la racionalidad utópica de los modelos económicos (Galindo y Ardila, 2012; López y García, 2012; Rodríguez, 2006).

CONCLUSIÓN

Durante la última década, Venezuela se ha visto confrontada por altos niveles de pobreza que han desatado una crisis humanitaria compleja reflejada en la confluencia de distintas aristas como la social, económica, laboral, alimentaria o migratoria. Este tipo de contextos invita a repensar

el quehacer de distintas disciplinas desde lo teórico y lo práctico; tradicionalmente se ha pensado que la pobreza es un problema que atañe exclusivamente a los economistas, sin embargo, la revisión teórica permite resumir el lugar que ocupan las ciencias del comportamiento en la comprensión de la pobreza y la atención de la misma.

Específicamente en el caso de la psicología, se enfatiza cómo la disciplina no ha mantenido un tratamiento prioritario y progresivo sobre esta temática. Sin embargo, han existido algunos avances en distintas subespecialidades. La psicología social, comunitaria, clínica e industrial-organizacional, son algunas áreas que han aportado revisiones empíricas y teóricas sobre el tema.

De todas estas áreas de aplicación, la psicología social y, en lo específico la rama de la psicología comunitaria, se han encargado de estimular una práctica contextualizada, donde la teoría vaya emparejada de las soluciones que requieren las personas que viven en contextos de carencia socio-económica. La clínica, por su parte, se ha visto enriquecida en términos de diagnóstico y psicoterapia, por los aportes de la psicología cultural, estando el énfasis primordial en la revisión de los tratamientos, la visibilización de las diferencias entre paciente-terapeuta, y el abandono de posturas intrapsíquicas para dinámicas sociales.

Por su parte, la psicología industrial organizacional ha tenido un desarrollo histórico en el tratamiento de la pobreza, donde destaca la preocupación por la reducción de la misma. En el capítulo se discute cómo las tareas típicas de esta área de aplicación (selección de personal, estudios del clima organizacional, la satisfacción laboral y el compromiso organizativo) formaron parte de las actividades claves a desarrollar en distintas ONGs dedicadas al trabajo con personas en contextos de pobreza. Asimismo, fueron discutidos los retos que mantendrán estos psicólogos en la toma de decisiones en cuanto a la inversión de recursos de las empresas dedicadas a la reducción de la pobreza, un campo donde la economía del comportamiento también podría enriquecer las tareas del día a día.

REFERENCIAS

- Aponte, H. J. (1994). *Bread and spirit: Therapy with the new poor*: Norton.
- Berry, M. O., Reichman, W., Klobas, J., MacLachlan, M., Hui, H. C., & Carr, S. C. (2011). Humanitarian work psychology: The contributions

- of organizational psychology to poverty reduction. *Journal of Economic Psychology*, 32 (2), 240-247. www.doi.org/10.1016/j.joep.2009.10.009
- Carr, S. (2007). I-O Psychology and poverty reduction: Past, present, and future? *Poverty Research Group*.
- Carr, S. C., MacLachlan, M., Reichman, W., Klobas, J., Berry, M. O., & Furnham, A. (2008). *Organizational Psychology and poverty reduction: Where supply meets demand: Organizational psychology and poverty reduction. Journal of Organizational Behavior*, 29 (7), 843-851. www.doi.org/10.1002/job.548
- Chilton, M., Chyatte, M., & Breaux, J. (2007). The negative effects of poverty & food insecurity on child development. *The Indian Journal of Medical Research*, 126 (4), 262-272.
- Costello, E. J., Compton, S. N., Keeler, G., & Angold, A. (2003). Relationships between poverty and psychopathology: A natural experiment. *Jama*, 290 (15), 2023-2029. www.doi.org/10.1001/jama.290.15.2023
- España, L. (2006). Políticas para la construcción de oportunidades sociales y reducir la desigualdad. En A. Barrios, J. M. Casal, & M. Corrales (Eds.). *Venezuela: Un acuerdo para alcanzar el desarrollo*. (pp. 48-73): Publicaciones UCAB.
- España, L. (2016a). *Niveles de pobreza y cobertura de las misiones sociales*. En ENCOVI (Eds.) *Venezuela vivir a medias* (pp. 33-54).
- España, L. (2016b). *Desiguales entre iguales*: Editorial El Nacional.
- Evans, G. W. (2004). The Environment of Childhood Poverty. *American Psychologist*, 59 (2), 77-92. www.doi.org/10.1037/0003-066X.59.2.77
- Evans, G. W., & English, K. (2002). The environment of poverty: multiple stressor exposure, psychophysiological stress, and socioemotional adjustment. *Child Development*, 73 (4), 1238-1248.
- Evans, G. W., Gonnella, C., Marcynyszyn, L. A., Gentile, L., & Salpekar, N. (2005). The role of chaos in poverty and children's socioemotional adjustment. *Psychological Science*, 16 (7), 560-565. www.doi.org/10.1111/j.0956-7976.2005.01575.x
- Haushofer, J., & Fehr, E. (2014). On the psychology of poverty. *Science*, 344 (6186), 862-867. www.doi.org/10.1126/science.1232491
- Kahneman, D. (2003). A perspective on judgment and choice. Mapping bounded rationality. *American Psychologist*, 58 (9), 697-720. www.doi.org/10.1037/0003-066X.58.9.697
- Kirchler, E. & Hoelzl, E. (2018). *Economic Psychology: An Introduction*. Cambridge University Press: United Kingdom.

- Kiser, L. J., & Black, M. M. (2005). Family processes in the midst of urban poverty: What does the trauma literature tell us? *Aggression and Violent Behavior*, 10 (6), 715-750. www.doi.org/10.1016/j.avb.2005.02.003
- Laibson, D., & List, J. A. (2015). Principles of (behavioral) economics. *American Economic Review*, 105 (5), 385-90. www.doi.org/10.1257/aer.p20151047
- Lander, E., & Fierro, L. A. (1996). The impact of neoliberal adjustment in Venezuela, 1989-1993. *Latin American Perspectives*, 23 (3), 50-73.
- Lavee, Y., McCubbin, H. I., & Olson, D. H. (1987). The effect of stressful life events and transitions on family functioning and well-being. *Journal of Marriage and Family*, 49 (4), 857-873. www.doi.org/10.2307/351979
- Llorens, M. (2013). Arte, adolescencia e identidad. En M. Llorens, X. Jiménez, N. Mora & E. Oteyza (Eds.). *La belleza propia: Arte, adolescencia e identidad* (pp. 28-39): Fundación Empresas Polar.
- Llorens, M. (2015). *Psicoterapia políticamente reflexiva: Hacia una técnica contextualizada*: Publicaciones UCAB.
- López, J., & García, A. (2012). Pobreza y estrés desde la economía del comportamiento. *Revista ECORFAN*, 3 (7), 783-800.
- Montero, M. (2004). *Hacer para transformar: El método de la psicología comunitaria*: Paidós.
- Munné, F. (2008). *La psicología social como ciencia teórica*: Edición Online.
- Ramos, J. & Peiró, J. (2014). La psicología del trabajo y las organizaciones en tiempos de crisis económicas. *Papeles del psicólogo*, 35 (1), 1-4.
- Ranyard, R. & De Mello-Ferreira, V. R. (2017). Introduction to Economic Psychology: The Science of Economic Mental Life and Behaviour. En R. Ranyard (Ed.), *Economic Psychology* (pp. 3-18). Hoboken: Wiley-Blackwell.
- Rodríguez, A. (2002). Algunas relaciones entre la psicología y la economía. *Psicología política*, 25, 37-48. Recuperado de <https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N25-3.pdf>
- Rodríguez, P. (2002). *Análisis de historias clínicas de estudiantes universitarios con dificultades económicas*. Trabajo de ascenso no publicado. Escuela de psicología, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Rodríguez, P. (2006). La intervención clínica en contextos de pobreza y exclusión: algunas perspectivas. *Revista Venezolana de Psicología Clínica-Comunitaria*, 6, 33-68.

- Rodríguez-Rabanal, C. (1989). *Cicatrices de la pobreza: Un estudio psicoanalítico*: Editorial Nueva Sociedad.
- Romero, J. (1999). Un modelo de psicología clínica comunitaria. *Revista Venezolana de Psicología Clínica-Comunitaria*, 1.
- Santiago, C. D., Kaltman, S., & Miranda, J. (2013). Poverty and mental health: How do low-income adults and children fare in psychotherapy? : poverty and mental health. *Journal of Clinical Psychology*, 69 (2), 115-126. www.doi.org/10.1002/jclp.21951.
- Sardi, G., Angelucci, L., Martins, A. & Peña, G. Representaciones de la economía como fenómeno psicosocial. En C. Peña (Eds.). *Miradas a la Venezuela del siglo XXI* (pp. 377-406): Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales: “Dr. Rodolfo Quintero”.
- Siefert, K., Heflin, C. M., Corcoran, M. E., & Williams, D. R. (2001). Food insufficiency and the physical and mental health of low-income women. *Women & Health*, 32 (1-2), 159-177. www.doi.org/10.1300/J013v32n01_08
- Smith, L. (2009). Enhancing training and practice in the context of poverty. *Training and Education in Professional Psychology*, 3 (2), 84-93. www.doi.org/10.1037/a0014459
- Smith, L., Li, V., Dykema, S., Hamlet, D., & Shellman, A. (2013). “Honoring somebody that society doesn’t honor”: Therapists working in the context of poverty: therapists and poverty. *Journal of Clinical Psychology*, 69(2), 138-151. www.doi.org/10.1002/jclp.21953
- Sylvia, R. D., & Danopoulos, C. P. (2003). The Chávez phenomenon: Political change in Venezuela. *Third world quarterly*, 24 (1), 63-76.
- Thaler, R. (2016). *Todo lo que he aprendido con la psicología económica*: Ediciones Deusto.
- Van Der Kolk, B. (2015). *El cuerpo lleva la cuenta: Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma*: Editorial Eleftheria.
- Yaro, J. (2004). Theorizing food insecurity: Building a livelihood vulnerability framework for researching food insecurity. *Norsk Geografisk Tidsskrift - Norwegian Journal of Geography*, 58 (1), 23-37. www.doi.org/10.1080/00291950410004375
- Zambrano, L. (1999). No solo basta con crecer económicamente. *Proyecto Pobreza Ucab*.